

## Sobre reconocer-se en y decir-se con otros en el proceso de recomposición subjetiva de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención en Argentina

On recognizing and saying- with others in the process of subjective recomposition of survivors from Clandestine Detention Centers in Argentina

**Julieta Lampasona**

Centro de Investigaciones Sociales-CONICET-Instituto de Desarrollo Económico y Social-Núcleo de Estudios sobre Memoria  
julieta.lampasona@gmail.com  
<https://orcid.org/0000-0001-6720-7282>

Recibido: 30-1-2020

Aceptado: 17-4-2019

**Cómo citar este artículo / Citation:** LAMPASONA, Julieta (2020). Sobre reconocer-se en y decir-se con otros en el proceso de recomposición subjetiva de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención en la Argentina. *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 21, pp. 293-315, <https://doi.org/10.14198/PASADO.2020.21.12>

### Resumen

Para los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención (CCD) en Argentina, los tiempos posteriores a la (propia) desaparición estuvieron marcados por pesares, miedos y rupturas psico-sociales que persisten en el presente. No obstante, a partir de trayectorias, modalidades y tiempos diversos, muchos de ellos fueron recomponiendo el mundo de la vida y los espacios de acción e interacción. En estos recorridos, dos dimensiones asumen centralidad en los testimonios: la interpelación y/o el reconocimiento de los otros y el (re)encuentro con «pares» –principalmente, sobrevivientes y/o compañeros de militancia. A partir del análisis de historias de vida, este artículo revisa el modo en que esos (re)encuentros fueron marcando nuevos y significativos puntos de inflexión en las trayectorias vitales y, particularmente, en las formas de visitar la propia historia, de pensar-se y decir-se en relación con ella.

**Palabras clave:** Centros Clandestinos de Detención; Sobrevivientes; Reconocimiento Público; Pares; Recomposición subjetiva.

### Abstract

For survivors of Clandestine Detention Centers (CDC) in Argentina, the time after (one's own) disappearance was marked by regret, fear and psychosocial rupture whose persistence still prevails. However, on the basis of diverse trajectories, modalities and times, many of those survivors gradually recomposed the world of life and the spaces for action and interaction. In these routes, two dimensions assume centrality in the testimonies: on the one hand, the interpellation and/or recognition of the other. On the other hand, the (re)encounter with «peers» –mainly, survivors and/or companions of militancy–. Departing from the analysis of life stories, this article revises the way in which those (re)encounters produced new and significant turning points in vital trajectories and, particularly, in the ways those survivors revisited their own personal history.

**Keywords:** Clandestine Detention Centers; Survivors; Public recognition; Peers; Subjective recomposition.

### Introducción

En el caso de los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención (CCD)<sup>1</sup>, los tiempos posteriores a la (propia) desaparición estuvieron atravesados por profundos pesares, miedos y rupturas psico-sociales cuyas persistencias se sostienen, incluso, en el presente. No obstante ello, a lo largo de los años y a partir de trayectorias, modalidades y tiempos subjetivos diversos, una parte de los sobrevivientes fue recomponiendo el mundo de la vida y los espacios de acción e interacción articulando, no sin tensiones, los ámbitos propios de

---

1. Existen diferentes categorías «nativas» para nominar la experiencia de la (propia) desaparición, conformada en la serie *selección – persecución – secuestro – tortura – cautiverio – liberación*: «liberados», «ex detenidos-desaparecidos», «sobrevivientes». Cabe destacar, sin embargo, que estos sujetos no conforman a priori un colectivo homogéneo pues, al tiempo que registran múltiples trayectorias de vida, cada uno de ellos fue desplegando también diferentes modos de elaboración de la violencia vivida y, particularmente, de inserción y/o vinculación con el movimiento de derechos humanos y/o las instancias de denuncia. En efecto, mientras que algunos participaron temprana y activamente de los organismos –conformando, incluso, asociaciones específicas de sobrevivientes–, otros se mantuvieron y mantienen alejados –aun hoy, en algunos casos– de esas formas de militancia y/o participación en el espacio público. Conscientes de esta diversidad, nos referiremos al conjunto con la categoría de «sobrevivientes» pues nos permite englobar esas diferentes trayectorias y posiciones y dar cuenta, al mismo tiempo, de una experiencia común.

la vida cotidiana y la trama pública<sup>2</sup>. En estos recorridos, dos dimensiones asumen una notoria centralidad en los testimonios: por un lado, aquella vinculada con la interpelación y/o el reconocimiento de los otros y, por el otro, la referida al (re)encuentro con «pares» –principalmente, sobrevivientes y/o compañeros de militancia–.

Atentos a ello, y siguiendo los desarrollos de Jelin (2006), Pollak y Heinich (2006) y Rousseaux (2009) –entre otros<sup>3</sup>–, que resaltan la centralidad de las condiciones sociales y los espacios de escucha en el proceso de toma de la palabra, consideraremos la instancia de la alteridad como condición ineludible para la toma de la palabra y, en un sentido más amplio, para los procesos de elaboración y de reposicionamiento subjetivo. En este sentido, a partir del análisis de historias de vida de sobrevivientes de diferentes CCD emplazados en la Argentina durante la última dictadura militar<sup>4</sup> analizaremos el modo en

2. En muchos casos, los ámbitos de interrelación vinculados con la vida cotidiana –como la familia y el estudio– configuraron un primer espacio resguardo y reposicionamiento a los que se sumaron también, en algunos casos y en diferentes momentos, espacios vinculados con la trama pública. Siguiendo a Pollak y Heinich (2006), la noción de «trama pública» reviste para nosotros una marcada amplitud y heterogeneidad en términos del alcance, la visibilidad y/o el grado de exposición.
3. Este estudio reconoce un cúmulo diverso de antecedentes que encuentran en el problema de la experiencia concentracionaria (Bettelheim, 1983; Agamben, 2000; Semprún, 2004; Levi, 2005; Calveiro, 2004 y Ulloa, 1998; entre otros), los procesos de elaboración y el testimonio algunos de sus principales nudos temáticos (Laub, 1992; Ricoeur, 2004; LaCapra, 2005; Pollak, 2006; Jelin, 2002 y 2006; Carnovale, et. al., 2006; Oberti, 2009; entre otros).
4. Las historias de vida que se analizan fueron (re)construidas en el marco de las entrevistas en profundidad realizadas para la investigación doctoral que sostiene este escrito, cuyo objetivo general estuvo orientado a analizar las reconfiguraciones biográficas producidas a partir de la experiencia de la (propia) desaparición y posterior sobrevida del sujeto. Las mismas se realizaron en la Ciudad de Buenos Aires entre 2011 y 2015 a sobrevivientes de diferentes CCD del país, que al momento de las conversaciones habían brindado ya, en diferentes contextos socio-históricos, algún tipo de testimonio o denuncia en la escena pública. Por «espacio público» nos referimos a aquellas espacialidades y tramas de interacción que trascienden de múltiples formas los límites del ámbito privado de la vida cotidiana y que abarcan desde escenarios de una visibilidad hasta otros de menor alcance. En este sentido, el carácter «público» de esos entramados varía de acuerdo a cada historia de vida. Vinculado con ello, debemos decir también que estos recorridos vitales sobre los que se asienta el estudio asumen una heterogeneidad, principalmente en términos de las formas de vinculación con el campo de los derechos humanos, la participación activa (o no) en la temática, y los momentos y espacios de producción de los testimonios. En efecto, mientras que algunos se asentaron sus denuncias tempranamente, otros lo hicieron de manera paulatina y/o reciente; asimismo, mientras una parte de los entrevistados mantuvo o mantiene una activa participación en el campo de la memoria, otros lo hacen de manera marginal y/o esporádica. Ahora bien, más allá de esta diversidad –cuya inclusión en el estudio se propuso, efectivamente, dar cuenta de la heterogeneidad

que esos (re)encuentros fueron marcando nuevos y significativos puntos de inflexión –aunque no sin conflictos– en las trayectorias vitales y, particularmente, en las formas de visitar su propia historia, de pensar-se y decir-se en relación con ella. Si los efectos devastadores de la experiencia vivida –en términos de la subjetividad y del mundo de interrelación– se sostuvieron más allá de los límites espacio-temporales del CCD, asediando al/los sujeto/s a lo largo de la vida (Lampasona, 2018), veremos que la configuración de nuevas escenas sociales y tramas de interacción, asentadas en el miramiento, el reconocimiento y la ternura<sup>5</sup>, coadyuvó significativamente en los procesos de elaboración, reafirmación y reposicionamiento subjetivos<sup>6</sup>. Para ello, avanzaremos sobre dos nudos analíticos: a) el de las múltiples formas de interpelación y reconocimiento de esos otros que, en diferentes ámbitos y momentos, emergen en

---

constitutiva del universo de los sobrevivientes y de las modalidades diversas de hacer, sentir-se y decir-se en relación con esa sobrevida– debemos señalar también que existe una limitación en el alcance analítico de nuestras observaciones y que se vincula, precisamente, con la ausencia –por cuestiones de accesibilidad de los casos– de aquellas voces cuyo relato no ha sido asentado en alguna instancia pública.

5. La noción de «ternura» (Ulloa: [1999] 2005) no se propone como instancia afectiva, emocional, sino como dispositivo social que, en y por la emergencia de un tercero de apelación, desarma la situación de dos lugares y sometimiento –propia del dispositivo de crueldad– a la que se vieron sometidas las víctimas. Con ello, coadyuva en la restitución de nuevas escenas sociales que cobijan al sujeto propiciando empatía y, fundamentalmente, miramiento. Desde esta concepción, debemos resaltar que no toda escena de escucha o ámbito de inserción de los sobrevivientes ha operado en este sentido.
6. Estas formas de elaboración no se proponen en sí mismas como tramitaciones «exitosas» y acabadas de una vez y para siempre sino que permanecen abiertas, siempre, a nuevas resignificaciones. En efecto, y como señala LaCapra (2005), la tendencia a la repetición y el «acting out» –como anclaje en ese tiempo otro, presente continuo y atemporal de lo traumático–, por un lado, y la elaboración, por el otro, constituirían límites posibles de un campo en el que se despliegan múltiples modalidades de tramitación que los incluyen, conjuntamente. En este sentido, el trabajo (Jelin, 2002) de rememoración no anula enteramente los asedios del pasado sino que se despliega en una tensión permanente con la emergencia disruptiva y repetitiva de las persistencias de la violencia límite en el espacio subjetivo. Nos referimos, entonces, no a procesos plenos, cerrados y/o exitosos de elaboración sino a movimientos subjetivos que fueron viabilizando, no sin tensiones, nuevas o diversas posiciones en el proceso de tramitación de la violencia vivida, esto es, aquel que permite «distinguir el pasado del presente y reconocer (...) algo que está relacionado con el aquí y ahora pero no es idéntico a él» (LaCapra, 2005: 86). Es desde este tomar distancia crítico y reflexivo, que supone la inscripción del evento traumático en el mundo simbólico (Kaës, 1991), que el sujeto puede comenzar a re-apropiarse de su historia e inscribir la vivencia límite en el campo de experiencia (Kaufman, 1998), transitando y habitando su propio presente. Siguiendo a Scott ([1993] 2001), en tanto, la noción de «experiencia» supone un proceso de construcción que, excediendo los límites de la pura vivencia material, incorpora también las instancias de rememoración, elaboración y puesta en sentido.

los relatos como disparadores de nuevas reflexiones y re-valorizaciones de sí; y b) el de las implicancias subjetivas del (re)encuentro con otros-pares que, conformando nuevos espacios de pertenencia, habilitó a nuevos posicionamientos y formas de vinculación y/o reapropiación de la propia experiencia<sup>7</sup>.

### De la interpelación y el reconocimiento de los otros

El análisis de las historias de vida que conforman la presente investigación nos permitió advertir, entre otros aspectos, la centralidad que asumió la interpelación de los otros en el propio recorrido vital: desde afectos y/o vínculos cercanos, hasta referentes del campo de los derechos humanos, la justicia u otras áreas vinculadas con el espacio público, unos y otros entramados fueron configurando –con sus propias especificidades– escenarios de escucha y legitimación que, en muchos casos, animaron al/los sujeto/s en la narración de sus vivencias y, de manera más amplia, en la revisión/reapropiación de lo vivido desde nuevas perspectivas. ¿Pero cómo operaron esas interpelaciones? ¿De qué manera se produjeron y qué condiciones de posibilidad fueron configurando para el sujeto? A continuación, repasaremos las historias de Margarita, Laura y Silvia<sup>8</sup> que, desde diferentes contextos y recorridos, nos permiten aproximar a las inscripciones subjetivas de esas diversas formas de interpelación, (re-) legitimación y reconocimiento.

Dentro del conjunto diverso de formas de interpelación del propio relato, el ámbito jurídico asume una espesura simbólica y política particular<sup>9</sup>. En el caso específico de los familiares de detenidos-desaparecidos y de los sobrevivientes de los CCD, el impacto personal (y social) que produjeron los años de

---

7. Debemos advertir que no todos los encuentros y/o espacios compartidos con otros sobrevivientes han configurado instancias reparadoras. Por el contrario, nuestros entrevistados coinciden en señalar múltiples posiciones, incomodidades, tensiones y diferencias al interior de este «colectivo». Sin embargo, cada uno ha referido, también y particularmente, a la relevancia significativa que *determinados (re)encuentros* marcaron en sus cursos vitales y a ello se abocará el análisis. Pues es fundamentalmente sobre esos procesos «micro», cara a cara, y su particular impronta en los modos de recomposición subjetiva donde ponemos la mirada. Para conocer algunas de esas posiciones y la trayectoria de los principales colectivos de sobrevivientes, ver: Tolentino (2016) y González Tizón (2018).

8. La referencia a los nombres de los entrevistados varía en términos de la voluntad de mayor o menor anonimato de cada entrevistado/a. Este aspecto fue consultado y consensuado con los y las entrevistados/as. En los casos en los que dieron su consentimiento, se hará referencia al nombre de pila real con exclusión del apellido. En los casos en que prefirieron un mayor nivel de anonimato, se hará referencia a un nombre ficticio.

9. Sobre los efectos psico-sociales de la impunidad y el silencio, junto con la importancia de la construcción de justicia, ver: Aguiar (1993) y Figari Layús (2017), entre otros. Sobre los procesos judiciales desde la transición democrática, ver: Yanzón (2011) y Rafecas (2011), entre otros.

impunidad –tras la sanción de las leyes de Punto Final y Obediencia Debida (en 1986 y 1987, respectivamente) y los posteriores indultos– asume relevancia en muchos de los testimonios<sup>10</sup>. Como contrapunto, la reapertura de las causas judiciales a mediados de los años 2000 –producto de la nulidad (2003) e inconstitucionalidad (2005) de las «leyes del perdón»–, se configura también como un hito significativo en las historias de vida, ya sea por el valor subjetivo que asume la producción del testimonio en el ámbito jurídico como por la posibilidad de sanción de los responsables.

Parte de ello se torna asible en el caso de Margarita<sup>11</sup>. De origen tucumano y con militancia en agrupaciones de izquierda, Margarita había sido secuestrada en mayo de 1975 en el marco del Operativo Independencia, y permaneció cautiva en lo que posteriormente pudo identificar como el CCD Escuelita de Famaillá. Una vez en libertad, y con su esposo preso, se trasladó junto con su madre y su pequeño hijo a la Ciudad de Buenos Aires, donde vive hasta el presente. Esos años inmediatamente posteriores a su liberación estuvieron signados por un profundo pesar, vinculado con la precariedad de sus condiciones de vida, el desmembramiento familiar y la sucesiva muerte de sus padres. Iniciada la democracia, Margarita asentó su denuncia ante la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas (CONADEP<sup>12</sup>) e inició un intercambio cotidiano con otros sobrevivientes, en el marco de la AEDD. Si bien esta estructura «la salvó»<sup>13</sup>, la vinculación permanente con la temática reactivó sin embargo profundos miedos; en efecto, los nuevos tiempos que abría la democracia implicaron para ella un «bajar la guardia», una vivencia «tardía» de los efectos del terror<sup>14</sup>. Al mismo tiempo, si bien había brindado su

10. Una parte considerable de esos testimonios se encuentra en el Archivo Oral de Memoria Abierta.

11. Al momento de nuestros encuentros, realizados entre septiembre y octubre de 2011, Margarita era referente del movimiento de derechos humanos y una activa militante de la Asociación de Ex Detenidos Desaparecidos (AEDD).

12. Creada por el presidente Alfonsín, la CONADEP «*tuvo por objetivos recibir denuncias y pruebas sobre las desapariciones y remitirlas a la Justicia, investigar el destino de las personas desaparecidas y la ubicación de niños sustraídos, denunciar a la Justicia todo intento de ocultar o destruir pruebas vinculadas a estos hechos, y emitir un informe final*» (Crenzel, 2008: 18).

13. Los primeros años en Buenos Aires habían sido de un profundo pesar emocional, familiar y económico. Margarita se sentía «enloquecer». En 1981 empezó a estudiar Radiología y dos años después pudo comenzar a ejercer la profesión. Y fue la incursión en estos nuevos entramados de relación –y, fundamentalmente, su inserción en la AEDD– lo que la ayudó a salir adelante: «*Y esa estructura, diríamos, me salvó. Porque la verdad que yo estaba... devastada totalmente. (...) Esos años fueron muy duros.*»

14. «*A partir del '83 yo también empecé a sentir registro del terror que había sentido. (...) Bajar la guardia, fue como muy fuerte. Ahí es donde yo empiezo a tener muchas pesadillas,*

testimonio ante la CONADEP, su caso no fue incluido en el Juicio a las Juntas (1985) pues no formaba parte de los crímenes cometidos durante el período de la dictadura militar (1976-1983). Esta exclusión del ámbito jurídico, precisamente, provocaría su mella.

Años después, en pleno período de impunidad y cuando los juicios por delitos de lesa humanidad comenzaban a tener asidero en tribunales extranjeros, Margarita fue citada por el Juez español Baltazar Garzón. Y ese testimonio, asentado en la esfera judicial, implicaría para ella «un antes y un después», un punto bisagra que –según plantea– no había vivenciado hasta entonces: *«Una cosa que para mí fue una impronta muy, muy fuerte, fue ir a declarar en el Juzgado de Garzón. Eso para mí fue un antes y un después en mi propia vivencia. La posibilidad de denunciar ante la Justicia»*. La inscripción jurídica de su testimonio, la posibilidad de narrar allí lo vivido y que ese otro, como tercero de apelación, reconociera y confirmara su lugar de víctima, asumiría un peso significativo en su propio recorrido. Años después de sus primeras y tempranas incursiones testimoniales, esta convocatoria traía consigo el reconocimiento público –hasta entonces negado– de su calidad de «víctima», aquel que certificaba el delito cometido sobre su propio cuerpo. Esta relegitimación abriría a nuevos escenarios de participación pero también, y fundamentalmente, reforzaría sus propios modos de pensar-se y de hacer en relación con lo vivido, tramados en su recorrido militante:

Me parece que lo de España para mí, sí, marcó un antes y un después en mi vida personal porque tomo una significancia de..., de víctima. De víctima en la propia identidad, diríamos. Pero no porque yo no me considerara víctima, sino que el otro te considere. «El otro», por decir, la Justicia considera que sobre tu persona cometieron crímenes de lesa humanidad. Como yo sentí la posibilidad de que alguien pudiera hacer justicia por lo que a mí me había pasado me daba otra..., me ponía en otra impronta como sujeto, como persona. Como víctima. Yo sentí que eso, en términos personales, fue muy fuerte para mí (Fragmento de entrevista a Margarita).

Ahora bien, si el ámbito jurídico configuró un espacio singular de interpe-lación, reconocimiento y re-legitimación de la experiencia y la palabra de los sobrevivientes, otros espacios y vínculos –más reducidos o de menor visibilidad– jugaron también un papel sustantivo. En el caso de Laura, los tiempos posteriores a su desaparición y liberación –producidas en mayo de 1976– se caracterizaron por un marcado distanciamiento de su historia previa, de los espacios de participación política y de las relaciones vinculadas con la

---

*a tener muchas cosas de... empezar a sentir los padecimientos de la depresión. (...) Un terror profundo, muy, muy de adentro».*

militancia; y así lo sostendría por años<sup>15</sup>. Tras un breve período en el exilio, a comienzos de 1977 regresó al país y avanzó con sus estudios universitarios. Muchos compañeros y amigos permanecían en el exilio, otros estaban desaparecidos; y ella, fundamentalmente, se había replegado fuertemente sobre los ámbitos más cotidianos de interacción. En este contexto, aun de manifiesto peligro<sup>16</sup>, Laura permanecería en silencio sobre lo vivido:

Y en la facultad me tragué del '77 al '82. O sea, yo estudio todos los años de la dictadura, pero bueno, dentro de la facultad, también, con un grupo... Había como algunas movidas paralelas, de... Había una cosa que se llamaba «La Escuelita», donde los profesores que no estaban en la facultad, porque estaban... echados, o qué sé yo, daban clases. Entonces, yo empecé a ir a estos lugares. Por otro lado, con un grupo de compañeros, también, armamos una revista... que era una forma, ¿no?, como eran pequeñas expresiones [sonríe], este... Y esas cosas. Pero a mí siempre... tenía como un terror de base, yo, en estas cosas. Me daba miedo participar en esto. Participaba hasta ahí... Había quedado muy... golpeada. Pero ni siquiera..., ¡mis compañeros de facultad no sabían mi historia! No se las contaba tampoco. (Fragmento de entrevista a Laura).

Ya en los inicios de la transición democrática, la temprana muerte de su madre condicionó y reforzó de manera particular ese repliegue, postergando su incursión en la trama pública hasta avanzados los años '90:

Muchos años después mi vieja se enfermó, todo esto hizo su mella. Una leucemia. Y falleció en el '83. En diciembre del '83. [Sonríe] Justo cuando asumí Alfonso se murió mi vieja. A la semana. Con lo cual, eso también... Por ahí ese era el momento de hablar, que era lo de la CONADEP, y hubiera sido el momento de contarle todo. Y yo estaba... había muerto mi vieja una semana antes y yo estaba destruida. Y la verdad que no tuve energía para, en ese momento, hacer ninguna denuncia. Y ahí pasó el tiempo y ya después uno se acostumbra a no hablar de algunas cosas [sonríe]. (Fragmento de entrevista a Laura).

Hacia los años '90 comenzó a participar de diversas iniciativas vinculadas con la temática de derechos humanos, como la Comisión Pro Monumento del Parque

15. Madre de tres hijos y arquitecta al momento de nuestra entrevista –cuyos encuentros transcurrieron en julio de 2011–, Laura había sido militante de la Unión de Estudiantes Secundarios (UES) mientras cursaba sus estudios secundarios. A finales de mayo de 1976, ella y su madre fueron secuestradas y detenidas durante cinco días aproximadamente en diferentes CCD de la provincia de Buenos Aires. Si bien ha brindado testimonio y participa de actividades vinculadas con la temática, no tiene una militancia activa.

16. En 1978, incluso, se produjo la caída masiva de ex compañeros de su escuela secundaria y una patota volvió a buscarla a su casa. Ella no estaba y «zafó» [se libró], por segunda vez.



de la Memoria y la elaboración de una placa en homenaje a los compañeros desaparecidos de su escuela secundaria, transitando así nuevos espacios y formas de visibilidad. En este marco, Laura identificaría dos acontecimientos en particular que, desde una interpelación principalmente afectiva, incidieron significativamente en las formas de vincularse con y de narrar ese pasado:

E: el otro día comentabas que hubo dos hitos que te animaron a empezar a contar.

L: Y, sí. Uno fue el libro<sup>17</sup> y el otro fueron mis chicos, que empezaron a preguntar. Y, obviamente, bueno, esto de mandarlos al colegio donde yo fui, (...) que te empiezan a hablar de la dictadura, cómo fueron todos esos años. Y, ahí, obviamente, al hablar de estos temas, salieron otros temas [sonríe]. Y después de ahí como que mis hijos me acompañan mucho en todas estas situaciones. (Fragmento de entrevista a Laura).

Estas interpelaciones emergen en su relato como puntas de lanza, hitos que fueron hilvanando su propio recorrido testimonial y su intervención en la escena pública, y que la fueron impulsando también hacia nuevos modos de pensar-se y decir-se sujeto de esa historia, y de vincularse con los otros:

E: ¿Y sentís que cambió algo en vos a partir de haber empezado a hablar de esto, de haber empezado a dar testimonio?

L: [Con tono reflexivo] Sí, cambiaron muchas cosas. ¡Sí! Absolutamente. (...) Como yo digo, ¡abris la caja de Pandora! ¡Sale de todo! Pero también esa caja tan cerrada, no era tan... ¡Uno no tiene el cerebro en compartimentos tan estancos! Entonces, para reprimir algunas cosas, también tapás otras que a lo mejor no está tan bueno [sonríe]. Entonces, bueno, me parece que sí, obviamente cambió, yo creo que me permitió hablar de muchas otras cosas. (...) Yo creo que el que uno lo pueda hablar más naturalmente, pone más cómodo al otro también, ¿no? Porque si no es como un tema intocable, o te ubicás en un lugar, así, medio... ¡que ponés como una pared entre vos y los otros! Entonces, al uno poder hablarlo, también acerca a los demás. (Fragmentos de entrevista a Laura).

Para Silvia, las persistencias acuciantes de lo vivido se conjugaron con un marcado retraimiento sobre la vida familiar y un profundo sentimiento de culpa. Militante de la Juventud de Vanguardia Comunista, a mediados de julio de 1978 fue secuestrada de su domicilio y trasladada a «El Vesubio», donde permaneció hasta el mes de septiembre. Luego de su legalización y detención en el Penal de Devoto, fue finalmente liberada en mayo de 1979. Desde entonces, y durante

---

17. En referencia al libro testimonial sobre la experiencia del exilio, compilado por ex compañeras de militancia y amigas, que la convocaron para que volcara allí sus vivencias: Guelar, D., Jarach, V., Ruiz, B. (2002): *Los chicos del exilio*. Argentina (1975-1984). Buenos Aires: El País de Nomeolvides.

largos años, Silvia permaneció en silencio. Hacia finales de los años '80, la activa participación en la cooperadora de la escuela de sus hijos supuso para ella un primer intento por retomar una práctica política; si bien esa actividad no se vinculaba directamente con su experiencia de militancia, aparecía en la rememoración como un momento de recomposición de algo de ese mundo perdido. Hasta entonces, el dolor era vivenciado en una profunda soledad, como guardado para sí:

Yo a las marchas iba, embarazada y todo he ido a las marchas, a las rondas de las Madres, pero no hablaba con nadie, iba sola, iba y volvía sola... [Suspira] Eh, empecé como a desplegar mi militancia en la cooperadora de la escuela... Que empecé en el '88 como revisora de cuentas y después fui tomando un rol mucho más activo. (...) Y ahí, sí sentí que había podido despegar. (Fragmentos de entrevista a Silvia).

Por entonces, algunos conocían su historia y otros no, pero aun así *«nunca se hablaba del tema»*. Un tiempo después, en un contexto de extrema vulnerabilidad económica y afectiva signada por la enfermedad terminal de su hijo A., Silvia decidió apartarse y dedicarse de lleno al cuidado de su familia. Ya avanzada la década de los '90, inició los trámites para obtener la reparación económica como sobreviviente y presa política y, por este motivo, debió asentar públicamente la denuncia su caso: *«tiene que haber sido '96, '95. (...) Hasta ahí no había dicho nunca nada. (...)»*. En ese contexto, Silvia había intentado hablar con personas cercanas pero –según ella misma señala– no se sintió contenida de la manera que necesitaba. Hacia el año 2000, sin embargo, el encuentro con familiares de compañeros de cautiverio desaparecidos que solicitaban su propio relato para reconstruir la suerte de sus allegados dio lugar a un nuevo momento en la vida de Silvia: frente a la interpelación de esos otros que requerían (y relegitimaban) su palabra, sus vivencias y su palabra adquirirían un valor hasta entonces inimaginable:

En el año 2000 recibo un llamado (...). Era un muchacho joven y en resumen es sobrino de B. A. [compañera de cautiverio embarazada que continúa desaparecida]. (...) [Con tono pausado, reflexivo] Y fue una cosa... ¡tremenda para mí! Tremenda... Temblaba como una hoja, pero los amé desde el momento en que los vi. Y les agradecí tanto que... ¡que ellos me buscaran! Y ellos me dijeron que no, que los agradecidos eran ellos... ¡Bueno, por esta cosa del sobreviviente! Viste, que uno para qué sobrevivió y... ¡la culpa del sobreviviente es terrible! Y entonces ellos me dijeron: «No, nosotros gracias a que hay sobrevivientes, y que cuentan y que hablan, nosotros podemos reconstruir la historia de nuestros padres». ¡Y entonces ahí mi palabra... tomó valor! Tomó valor...

Esta convocatoria, que ponía en el centro de la escena su propia experiencia e impactaba de lleno en su re-valorización como testigo, la impulsaría también

a transitar nuevas espacialidades, vinculadas con la trama pública: «Y entonces ahí empiezo a relacionarme... Vi la *publicidad del acto [en relación al acto anual de homenaje organiza la Comisión Vesubio y Puente 12], empecé a ir al acto, empecé a reunirme con la Comisión. Y, bueno, y empiezo a hablar un poco más de esto*». Este encuentro se solaparía también con otros acontecimientos de la escena social y política que le permitirían continuar resignificando su historia y la relevancia de su testimonio. En particular, la bajada de los cuadros de los represores en el Colegio Militar por parte del entonces presidente Néstor Kirchner constituyó para Silvia un nuevo hito:

S: Cuando Néstor baja el cuadro, en el 2004, ¡recién ahí... puedo empezar a hablar con la psicóloga! Empiezo a tener sueños (...) Y entonces recién ahí me solté y pude empezar a hablarlo en la terapia, ¡así que imaginate!

E: ¿Por qué sentís que pasó esto?

S: ¡Que ahora la sociedad... nos reconocía! Porque hasta ese entonces... «¡algo habrás hecho!»... La teoría de los dos demonios, eh, «de eso no se habla»... Eh, ¡porque hasta ese entonces los militares habían sido perdonados! Obediencia Debida para todo el resto y los que habían decidido todo eso... Entonces había toda una sociedad que tampoco lo hablaba. (Fragmentos de entrevista a Silvia).

En su relato, estos acontecimientos traen consigo nuevas formas de reconocimiento público y de legitimación de aquellas historias que, hasta entonces, habían sido relegadas. Animada por ese reconocimiento político sobre la violencia de Estado y, particularmente, el de aquellos que escuchaban su palabra como pieza sustantiva para reconstruir sus propias historias, Silvia comenzó a vincularse de otra manera con su pasado, a hablar, a repensarse a sí misma. En este marco, también, comenzó a participar activamente de la Comisión de Homenaje a las víctimas de Vesubio y Puente 12 y a desarrollar una intensa actividad político-gremial; inició, también, un recorrido testimonial que la llevaría –entre otras instancias– a asentar su caso en el ámbito jurídico.

Estas trayectorias ponen de manifiesto la centralidad que asumieron esos espacios de interpelación y escucha en la revisión y recuperación de la propia historia desde nuevos lugares, con nuevas preguntas y valorizaciones de sí. Decíamos, en efecto, que la toma de la palabra no depende tan sólo de la voluntad subjetiva sino que se entreteje en el cruce de lo individual y lo intersubjetivo. En el caso de los sobrevivientes, los sujetos fueron poco a poco recomponiendo sus identidades y subjetividades vulneradas por la experiencia límite; en este proceso, los ámbitos más íntimos y/o cotidianos de interrelación –fundamentalmente vinculados con la esfera familiar, los estudios o el trabajo incluso– configuraron en muchos casos un primer espacio de resguardo y reposicionamiento, al que se sumaron también –en diferentes tiempos sociales y biográficos, y con múltiples formatos y niveles de visibilidad– espacialidades

propias de la trama pública. Y en estos recorridos, desde una escucha atenta y poniendo en el centro de la escena la palabra del sobreviviente, esas tramas de interpelación y reconocimiento marcaron un hito singular en el arduo y siempre abierto proceso de recomposición subjetiva<sup>18</sup>. Ahora bien, en los relatos emerge también otro aspecto sustantivo que parece haber producido un clivaje aún mayor en los procesos de reafirmación y reposicionamiento: el del (re-)encuentro con «pares». Sobre ello avanzaremos en el apartado subsiguiente.

### **Del (re-)encuentro con pares. O sobre sentirse parte, nuevamente**

El análisis del material elaborado en nuestro trabajo de campo arrojó una dimensión de vital importancia al momento de indagar y conceptualizar los procesos de reposicionamiento y reafirmación subjetiva. Nos referimos, en particular, a la impronta que asumió en las trayectorias de vida el (re)encuentro del semejante, el reconocimiento en y de esos otros «pares» cuya irrupción, sobre la base de un entendimiento, un «lenguaje común» y la configuración de relaciones de simetría, fue acompañando y posibilitando la configuración de nuevos momentos vitales y de formas de significación y reapropiación del pasado. Estas formas de vinculación con esos otros-pares varía de acuerdo a cada historia: en la mayoría de los casos, serán aquellos que, al igual que nuestros entrevistados, atravesaron la experiencia límite; en otros, estas relaciones de simetría se ampliarán y/o solaparán con otras experiencias vinculadas principalmente con la militancia política. ¿Pero cómo se fueron modulando esos encuentros? ¿Y cómo impactaron en los cursos vitales de nuestros entrevistados? En este apartado, analizaremos los casos de Carlos, Nilda, Susana y Julián; en todos ellos, pero de forma heterogénea, esos (re)encuentros fueron impactando de manera singular sobre los modos de pensar ese pasado y de pensar-se a sí y a los otros. Veremos, ante todo, que si la (propia) desaparición había mellado los espacios de pertenencia, aislando y desamparando al sujeto en su configuración intersubjetiva (Lampasona, 2018), la paulatina reinscripción en nuevas tramas de acompañamiento e interacción, y particularmente el (re)encuentro con y el reconocimiento en y de otros semejantes, configuraron nuevas escenas sociales que permitieron ir desarmando –al menos parcialmente– los efectos de largo plazo de la experiencia límite e incidieron en los modos de acción y de reflexión sobre sí y los otros.

---

18. Como ya dijimos, estos procesos no suponen un recorrido lineal hacia una plena recomposición subjetiva de los sobrevivientes, sin fisuras y acabada en sí misma, despojada de los vestigios acuciantes de la violencia vivida. Por el contrario, se trata ante todo de un proceso siempre abierto a permanentes resignificaciones, con momentos de afirmación personal pero también de pesadas cargas.

En el año 1987, y tras 4 años de exilio en Suecia, Carlos viajó por pocos días a la Argentina para declarar judicialmente sobre lo acontecido en la ESMA, CCD donde estuvo cautivo desde noviembre de 1978 hasta mediados de 1981. Una vez «liberado», recién en el '83 logró salir del país junto a su esposa e hijos<sup>19</sup>. Según señalaba, ese viaje había sido largamente esperado ya que le permitiría no tan sólo efectivizar su denuncia ante la justicia sino también, y principalmente, coadyuvar en la identificación y el eventual encarcelamiento de la plana intermedia de represores. Pero esa declaración, también, abriría para él nuevos encuentros y posibilidades; en efecto, en aquella visita se puso en contacto con lo que se transformaría desde entonces en uno de sus principales ámbitos de pertenencia y participación política luego de su regreso definitivo al país, a mediados de los años '90, y hasta nuestros días:

E: En ese momento te pusiste en contacto con la Asociación.

C: Con la Asociación. Sí. Sí, porque entre otros lo pude contactar a (...) un compañero de militancia de toda la vida, de 40 años, que también había estado en la ESMA conmigo y demás, y me cuenta de la existencia de la Asociación. Y ahí se establece el contacto, y a pesar de que yo vuelvo a Suecia, ya el contacto es fluido aunque con las características de aquel entonces, por correo, 15 días la carta para ir, y 15 días la carta para volver. Muy complejo. Se estableció el contacto y empezamos a hacer cosas juntos y a elaborar política juntos. Digamos, o sea, yo empecé a tener mucho más en claro todo, porque esta gente ya se venía reuniendo acá desde el inicio de la democracia, tenían acumulado la experiencia mucho más rica en cuanto a resolver interrogantes, digamos. Así que... desde ese momento en adelante me incorporé a la Asociación y soy militante de la Asociación desde ese día. (Fragmento de entrevista a Carlos).

Ese vínculo, que le permitiría ampliar sus posibilidades de acción en el campo de los derechos humanos traía consigo también, y por sobre todas las cosas, algo más fuerte en términos de la posibilidad de conformación de nuevos espacios de simetría y entendimiento y, con ello, la re-inclusión en un nosotros que fue dando sentido a lo vivido en el CCD, al después de la liberación y a la propia (sobre)vida:

Entonces, eh... me vino bárbaro, realmente me vino muy bien, me encontré con los míos, de lo más profundo de los míos, quiero decir, ¿no? Que no hacía falta aclarar un montón de cosas porque estás hablando el mismo idioma que todos conocen, que era un idioma muy geringoso, digamos, que muy poca

---

19. Militante de la agrupación Montoneros y «liberado» a mediados de 1981 bajo el régimen de libertad vigilada, en el exilio comenzó a trabajar como operario en una fábrica e inició una intensa actividad de denuncia sobre la situación argentina. Al momento de nuestros encuentros, producidos en mayo de 2013, Carlos era un activo militante del movimiento de derechos humanos y referente de la AEDD.

gente podía entender, al punto de que todo el mundo interpretaba nuestro humor como negro. Pero no era negro, era nuestro humor, era el humor nuestro, ¿se entiende? No era un humor especial, era el que uno se podía permitir, porque realmente tener humor después de lo que nos pasó es difícil. Seriamente, es un estado de ánimo el humor, aunque parezca mentira. La sonrisa no sale así nomás y se tienen que generar condiciones. Supuestamente, después de lo que uno atravesó, esas condiciones no se te vuelven a dar nunca más en la vida. Sin embargo somos capaces todavía de encontrar alegría en determinadas cosas. (Fragmento de entrevista a Carlos).

Encontrarse con «los suyos», con «lo más profundo de los míos» y reconocer-se en la posibilidad de un lenguaje común, compartido y singular. Desde allí, la propia acción y los modos de sentir-se parte de un todo más amplio, moldearían los modos de sobrellevar, elaborar y habitar la propia (sobre)vida no tan sólo desde una acción política y de denuncia sino también, incluso y como él mismo señala, desde «la risa» y «el humor» como modos de transitar y habitar ese después aparentemente irresoluble<sup>20</sup>.

En el caso de Nilda, también sobreviviente de la ESMA –donde estuvo cautiva entre junio de 1978 y febrero de 1979– y exiliada en Venezuela desde julio de ese año hasta la restitución democrática, su recorrido testimonial y la vinculación con los organismos de derechos humanos –iniciados tempranamente– encontraron un punto bisagra en la elaboración colectiva de un libro testimonial junto a otras mujeres sobrevivientes de la ESMA, hacia finales de los años '90 y principios de 2000<sup>21</sup>. Hasta entonces, y más allá de su actuación como testimoniante en diferentes instancias, los tiempos que sucedieron a la (propia) desaparición habían estado signados por la desaparición de su compañero y por una «falta de proyectos grupales», de lo colectivo como instancia de pertenencia, proyección y de construcción identitaria. En relación con los

20. En su estudio sobre el dispositivo concentracionario, Pilar Calveiro (1998) analiza la risa como un modo singular de resistencia a y fisura del poder desaparecedor. Asimismo, en su análisis sobre las narrativas que componen el «campo del detenido-desaparecido» Gabriel Gatti (2008) hace referencia también a esos diversos modos de gestionar y habitar la catástrofe.

21. Oriunda del interior de la Provincia de Buenos Aires, Nilda comenzó sus estudios universitarios en la ciudad de La Plata, en 1969, donde a comienzos de los años '70 inició su militancia en la Juventud Peronista. En junio de 1978 fue secuestrada y detenida en la ESMA, donde permaneció sometida al trabajo forzado. Su compañero, secuestrado en noviembre de 1976, continúa desaparecido. Después de algunos meses bajo el régimen de «libertad vigilada», en julio de 1979 se exilió en Venezuela y regresó al país al finalizar la dictadura militar. Desde entonces ha brindado testimonio en diferentes instancias y es co-autora del libro testimonial «Ese infierno», junto a otras mujeres sobrevivientes de la ESMA. Nuestro encuentro se realizó en febrero de 2013.

espacios políticos de los que había formado parte antes de ser secuestrada, Nilda señalaba:

Nadie sabía quién era el otro, confiábamos porque pertenecíamos a este mismo grupo, este mismo grupo político. Pero una confianza hasta la médula y eso, después, cuando la organización política no está más, cuando va avanzando la historia, (...) es muy complejo pero nunca más pude armar proyectos grupales, o sea, no importa de qué. (Fragmento de entrevista a Nilda).

La participación en el libro –que supuso más de dos años de encuentros y reflexiones, y que dio lugar a una comunión de historias y de vivencias similares– abría según ella a un nuevo espacio, ese de lo común, de lo compartido; nuevamente, y como también señalaba Carlos, del entendimiento más profundo:

E: En relación con la experiencia del libro, comentaste al principio que había sido sanador esto del encuentro con esas otras donde tal vez podías mirarte...

N: Sobre todo saber que todas las cosas por las cuales yo me sentía una mierda, resulta que le había pasado a todo el resto, un poco más acá, un poco más allá. O todas sentíamos la misma cosa ante tal hecho (...), eso era muy fuerte. (Fragmento de entrevista a Nilda).

En este marco, Nilda hizo especial referencia a ese nudo común, constitutivo, que pareciera unir a quienes atravesaron un CCD. Y lo hacía de la siguiente manera:

Yo siento eso, que generó entre nosotros, amén del lazo que te genera el haber pasado por un campo, no importa cual, no importa si lo conocés, yo hoy conozco a alguien y me dice «ah, sí, yo estuve chupado en Tucumán», yo de esa persona ya sé un montón y él sabe de mí, aunque hayamos vivido experiencias absolutamente diferentes, pero sabe lo que es estar chupado, y eso hace una división muy tajante, una división entre el que estuvo y el que no estuvo. Es así, no hay otra. Después, cada uno vivió su experiencia (...), pero hay un nivel de..., que es de pertenencia a los que estuvimos en este tipo de situaciones. Hay otros con los cuales te fuiste haciendo amigo ahí adentro, pero una cosa mucho más fuerte que... Yo creo que la pertenencia fundamental es esa, pertenecer a los que estuvieron chupados. (...) Hay un entendimiento con gente que te la presentan hoy, eso que yo te digo, que yo ya sé la mitad de su vida. Todo está teñido por una situación que yo conozco. (Fragmento de entrevista a Nilda).

La experiencia de la (propia) desaparición y posterior sobrevivencia parece ir delimitando pertenencias, similitudes últimas, entendimientos singulares que trazan nuevas fronteras e inclusiones, produciendo una «división muy tajante» entre quienes atravesaron el CCD y quienes no. Habría, con ello, un nudo

irreductible que configura algo así como un nuevo espacio de comunión y referencia. Y continúa:

Pero con los que estuvimos ahí adentro se genera un lazo muy similar al lazo de sangre, a un lazo como el que yo tengo con mis hermanos. Vos podés discutir, pero siguen siendo tus hermanos. Yo puedo discutir con un compañero que estuvo en la ESMA, pero sigue siendo el compañero que estuvo en la ESMA. No es que «con este no hablo más, porque mirá lo que opina, lo que deja de opinar», es..., hay una cosa... Y, bueno, los psicólogos te explican que es simple, que haber estado en un campo donde pasaron estas cosas tan terribles de muertes y demás, la sangre es una cosa bastante similar, ¿no? Y después dentro de eso con unos soy más amiga, con otros soy menos amiga (...), pero cuando hay que discutir qué vamos a hacer con el palo que está adentro de la ESMA, vamos todos a la ESMA. O cuando hay que ir al juicio, cada uno apoya al otro en todo lo que puede. (Fragmento de entrevista a Nilda).

En el universo de «los chupados» parece configurarse, así, una «pertenencia» última, un «nosotros» que aglutina –casi sin fisuras– a quienes estuvieron «ahí», como un «lazo de sangre». Esa comunión que remite al nudo común, constitutivo e intransferible de esas vidas sobrevivientes, oblitera, incluso, los múltiples conflictos o diferencias –al menos, en la enunciación hacia el «afuera»–.

En el caso de Susana, el encuentro con esos otros-pares parece haber marcado, también, un punto bisagra en su propia trayectoria<sup>22</sup>. Los tiempos posteriores a su liberación, particularmente signados por el nacimiento y cuidado de su bebé, habían sido de una profunda soledad, acrecentada por la ausencia de su compañero y del mundo conocido y elegido; muchos compañeros y amigos habían partido al exilio o estaban desaparecidos. En ese marco, Susana se había apoyado sobre sus afectos más cercanos, vinculados con su familia, y había avanzado con sus estudios de magisterio. Sostenida por esa trama, que le permitió comenzar a reponerse –al menos parcialmente–, la búsqueda

22. De profesión docente, Susana inició su militancia en el peronismo durante los primeros años de la década del '70. Allí conoció a O., su compañero y padre de su único hijo. En junio de 1977 fueron secuestrados y trasladados a lo que luego identificaría como el CCD «El Vesubio». Susana estaba embarazada. Un mes después, O. fue «trasladado» y permaneció en condición de detenido-desaparecido hasta 2009, cuando el Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF) identificó sus restos. A mediados de septiembre Susana fue liberada y desde los primeros tiempos de la transición democrática prestó declaración ante la CONADEP y múltiples instancias, al tiempo que formó parte activa del movimiento de derechos humanos. Desde los años '90 participa de la Comisión de Homenaje a las víctimas del Vesubio y Puente 12 y actualmente dirige una escuela para jóvenes en situación de calle. Nuestros encuentros tuvieron lugar entre noviembre de 2011 y febrero de 2012.



de su compañero y la denuncia de lo vivido la impulsaron tempranamente al espacio público:

Yo primero declaré en CONADEP y después en los organismos... Fui a Familiares, a la Asociación de Ex Detenidos a hacer mi testimonio. A Abuelas también, porque yo vi gente embarazada. (...) O sea, yo no me podía poner como víctima, ¿entendés? Me parecía como que..., como que estaba en segundo plano. O sea, había gente que todavía estábamos buscando. Que nosotros estábamos bien, digamos.

En ese marco, el decir por otros cobraba centralidad y operaba como un imperativo para la búsqueda de aquellos que faltaban. Particularmente en relación con su declaración ante la CONADEP, reforzaba:

¡Para mí era como un... deber! ¡Estaba esperando! O sea, ¡no podía no ir a decir! Tenía que ir. (...) O sea, yo veía que lo que nosotros habíamos vivido servía al esclarecimiento de las cosas, no para ponernos en el escenario como víctimas, ¿no? Porque había treinta mil víctimas de las que no sabíamos nada. (Fragmentos de entrevista a Susana).

Pero más allá de su tarea de denuncia, esos años continuaban siendo de un profundo pesar para Susana, vinculado con la ausencia de pares y de una escucha atenta que asintiera al relato y la reconociera como sujeto de esa experiencia singular; algo de sus vivencias quedaba ocluido, como ajeno a una mirada social que lo certificase y reconociese en su propia especificidad. Y es que, para los sobrevivientes, en el mismo momento que se abrían los espacios de denuncia, el contexto y la escucha social parecían cerrarse o al menos relegar esa parte del relato que remitía precisamente a la experiencia misma de la (propia) desaparición y sobrevivida al CCD (Lampasona, 2018); lo que importaba, ante todo, era reconstruir el sistema clandestino de represión e identificar la suerte de los desaparecidos. En este marco, la falta de una escucha atenta y de reconocimiento sobre lo vivido producía su mella, al tiempo que la mirada estigmatizante que, por momentos y en ciertos espacios –fundamentalmente vinculados con los organismos de derechos humanos–, caía sobre los sobrevivientes redoblabla el peso de haber sobrevivido<sup>23</sup>: «No, no había una contención para nosotros, digamos. Era como... Inclusive las Madres, los Organismos de Derechos Humanos, nosotros éramos sospechosos para ellos». Y continuaba: «No, no me encontraba cómoda yo, no... [piensa] ¡no encontraba pares! O sea... ese era el tema, no encontrar un par, ¿entendés? Un compañero, digamos. No había más compañeros. (...) Y bueno, en ese momento no..., la verdad que no..., no encontraba el lugar».

23. Al respecto, ver: Longoni (2007) y Lampasona (2018).

Ya entrada la década del '90, Susana se puso en contacto con otros sobrevivientes del Vesubio. Allí conoció a Ana, otra sobreviviente que había estado detenida en el período inmediatamente anterior al suyo –y con la que incluso habían compartido «cucha»–, cuyo relato y perspectiva se fueron volviendo sustantivos para su propia puesta en sentido. Según relata, fue encontrando en esos otros un espacio de pertenencia, desde el cual poder mirarse, reconocerse y «recuperar» algo de sí:

E: ¿Y en algún momento sentiste que esto empezó a revertirse, que empezaste a sentirte más cómoda con otra gente?

S: Sí, sí, sí. Después yo empecé a conectarme con gente de Vesubio, que era donde yo había estado. (...) Entonces, ¿qué me pasó ahí? ¡Fue muy importante eso! Porque a mí... llegó un momento que yo, como no hablaba con nadie... Por ejemplo, en mi familia nadie me preguntaba nada (...), y todo esto, ¿qué pasaba? Tanto guardar, tanto guardar, a veces yo pensaba «¿pero yo viví esto? Si no hay nadie... ¡No hay nadie que diga que yo lo viví!», viste, «¿lo habré vivido todo esto o es una cosa que... yo me la imagino?». [Con un tono esperanzado, aliviado] Entonces, cuando la conocí a Ana y pudimos hablar de los mismos guardias, de las..., fue como..., no sé, como recuperar un pedazo mío, como decir, bueno, «Así. Es así».

La posibilidad de encontrarse con esos otros que certificaban sus propios recuerdos le daría nuevas certezas, reafirmandola en sus propios recuerdos y en su relato. Y continuaba: «Entonces era como... eso de ver lugares comunes: 'Esto era así, así, así', ¿viste? 'Ah, sí, claro, y acá había tal cosa'. El poder armar con otro las cosas». A partir de entonces, su vivencia comenzaba a cobrar sentido de realidad, inscribiéndose en el campo de la experiencia. Estas nuevas certezas, estas confirmaciones de lo vivido, se anudaban de manera singular con un volver a ser y a pensarse, con otros, con un encontrar sentido en un espacio común, compartido, en un nuevo «lugar de pertenencia»:

Bueno, entonces, esa reconstrucción a mí es como que... todos estos fantasmas que yo tenía de que estuve, de que no estuve, que cómo... bueno, todo eso, con este grupo de gente, de sobrevivientes, me fui sintiendo como en un lugar de pertenencia... Todos veníamos de distintos lados, viste, pero había una cosa común que era, bueno, la reconstrucción de la gente que estuvo ahí. (Fragmentos de entrevista a Susana).

Nuevamente, la configuración de un nuevo espacio común, compartido, la impulsaría a revisar y revincularse con su (propia) desaparición y posterior sobrevida desde nuevas preguntas y nuevos lugares; ya no sería tan sólo «compañera-de», en busca-de, sino que comenzaba a afirmarse como sujeto de una experiencia singular –al tiempo que colectiva– que, en y por la premura de la búsqueda de esos otros ausentes, había permanecido hasta entonces relegada.

Para Julián el recorrido posterior a su liberación fue divergente<sup>24</sup>. Luego de su liberación del Penal de La Plata –donde había sido legalizado– en diciembre de 1976, y por largos años, permaneció fuertemente replegado sobre los entramados más vinculados con la vida cotidiana, como su familia y los estudios universitarios, ajenos al mundo de la militancia política. Las lesiones sufridas durante la tortura lo obligaron a someterse a diversas operaciones que lo recluyeron en su hogar, y ya en democracia no se sintió en condiciones participar en la esfera pública. Para él, la (propia) desaparición había configurado un nuevo escenario, «arrasando» su mundo de sentido previo y trazando una escisión (casi) plena entre el antes y el después de la experiencia límite. A mediados de los '90, sin embargo, su relato comenzaría a circular por nuevos ámbitos: a la pelea que tuvo que dar para lograr el reconocimiento estatal de las «lesiones gravísimas» y el cobro de la reparación económica, le sucedieron una serie de homenajes y reencuentros con viejos compañeros de su escuela secundaria y de militancia que lo animarían y acompañarían a transitar por esferas de mayor visibilidad<sup>25</sup>.

Así, desde una trayectoria fuertemente asentada sobre el ámbito privado de la vida cotidiana, sus primeras apariciones públicas no tuvieron que ver con la denuncia activa sino con participaciones más esporádicas. En el marco de esas tramas de menor exposición pública, su camino estuvo también poblado por reencuentros que marcaron su propia biografía y que fueron abriendo a nuevos momentos vitales. En particular, Julián resaltaba el caso de dos amigas, también sobrevivientes. Con una de ellas, también entrevistada para esta investigación, poder hablar de lo ocurrido les llevó más de 30 años; con la segunda, P. –exiliada en Estados Unidos–, el reencuentro se produjo muchos años después. Luego de un encuentro casual en la vía pública, en el año '83, Julián no había vuelto a verla hasta avanzados los años 2000, cuando ambos brindaron sus testimonios ante el Archivo Oral de Memoria Abierta. Y así evocaba ese vínculo:

Tenemos un vínculo muy fuerte. La sensación es... como una mezcla de desesperación por..., o angustia... Esas relaciones que, muy de... Por recuperar lo perdido... Como un milagro, ¿viste? De haberse vuelto a encontrar. Y poder...

---

24. A comienzos de los años '70, Julián comenzó a militar en la Juventud Guevarista y en abril de 1976 fue secuestrado y trasladado a lo que posteriormente pudo identificar como el CCD «Coordinación Federal». Luego de un mes, fue legalizado y trasladado al Penal de La Plata hasta finales de ese año. Padre de dos hijos, al momento de nuestros encuentros –producidos entre abril y mayo de 2011– se encontraba a cargo de un comercio familiar.

25. Entre ellas, el Archivo Oral de Memoria Abierta y, ya en el marco de nuestras conversaciones, su contacto con el Tribunal Oral que tramitaba la causa vinculada con Coordinación Federal.

tocar algo de..., o sea, ¡de lo desaparecido! ¿Me entendés? Rescatar algo... ¡de lo que se perdió! (...) Aún ahora tenemos un vínculo muy profundo, si querés. ¡Sabemos que es para siempre!

[Pequeño silencio] Es como un pequeño triunfo en medio de lo mucho perdido. O sea, de golpe la relación puede tomar formas normales, ¿me entendés? Pero lo que subyace es una cosa de mucha... identificación. De mucho amor. (...) Es una persona, qué sé yo, muy, muy importante para mí. En el sentido de que me da tranquilidad saber que existe. Aunque no la vea nunca, digamos. (Fragmento de entrevista a Julián).

Frente a una y otra, la idea de lo compartido, de un entendimiento último, de un sentirse acompañado, emergía en cada evocación. Y en cada una de estas referencias, Julián parecía encontrar cierta calma y la certeza de que, pese a lo «arrasado», recuperaba algo –por pequeño que fuera– de lo perdido.

Hasta aquí, vemos que los recorridos vitales de los sobrevivientes –múltiples, diversos, discontinuos– han promovido diversos tipos de encuentro con esos otros pares, esos otros cercanos y aunados en y por el entendimiento mutuo y el lenguaje de lo compartido. Estas simetrías parecen haber ido recomponiendo nuevos espacios de referencia y pertenencia, nuevas formas de un «nosotros» que resguarda y reafirma al sujeto y lo corre –al menos, parcialmente– de la sensación de aislamiento y/o marginación, configurando un tiempo y un espacio intersubjetivo que exceden la inmediatez y la soledad de la (sobre)vida. El sujeto, otrora avasallado, se va reinscribiendo así en nuevas tramas colectivas desde las cuales *es, nuevamente, con otros*.

### Consideraciones finales

Los tiempos posteriores a la (propia) desaparición estuvieron signados por profundos pesares y formas de persistencia de la violencia en el espacio subjetivo e intersubjetivo. Con recursos diversos, en diferentes contextos personales y sociales y en el marco de múltiples entramados, los sobrevivientes fueron no obstante –y como pudieron– recomponiendo su espacio vital. Algunos de ellos, lo hicieron con una marcada presencia en el espacio público; otros, con una preeminencia y/o una mayor apoyatura en los ámbitos propios de la vida cotidiana y/o con menores niveles de exposición.

En estos recorridos disímiles, no obstante, vimos que dos dimensiones asumen una notoria centralidad en los relatos: por un lado, aquella vinculada con la interpelación y/o el reconocimiento de los otros y, por el otro, la referida al (re)encuentro con «pares» –principalmente, sobrevivientes y/o compañeros de militancia–. Atentos a ello, en este artículo hemos analizado el modo en que diferentes formas de reconocimiento, interpelación y (re)encuentro con los otros fueron configurando escenarios singulares de miramiento y

entendimiento y coadyuvando, con ello, en la paulatina –y nunca definitiva– reafirmación subjetiva, en la re-valorización y el reposicionamiento del sujeto, de sus vivencias y de su palabra.

Si la (propia) desaparición había instaurado un tiempo signado por el acecho acuciante de lo vivido en el espacio subjetivo y la ruptura de los espacios de interacción y referencia, y si particularmente la propia (sobre)vida –en un marco generalizado de desaparición y muerte– produjo su mella en la estructura de sujeto y las formas de valorización de sí, la paulatina configuración de nuevas tramas de sociabilidad y espacios de interpelación que –desde diferentes lógicas de funcionamiento– ponen en el centro de la escena y/o reconocen la singularidad de la experiencia vivida, fueron propiciando nuevas formas de valorización de sí y sentidos de pertenencia que sostuvieron y densificaron, en muchos casos, los procesos de recomposición subjetiva desplegados en el largo plazo.

La posibilidad de esos (re)encuentros, de esas interacciones de mayor simetría, de miramiento y reconocimientos mutuos, fue posibilitando en efecto nuevas o diversas formas de interrogación de sí, nuevas miradas y perspectivas sobre sus propios recorridos y vivencias –en muchos casos compartidas–, imprimiendo con ello nuevos pliegues de la experiencia, de los modos de pensarla y de decir-se en relación con ella.

## Bibliografía

- AGAMBEN, Giorgio (2000). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Valencia: Pre-textos.
- AGUIAR, Elina (1993). *Efectos sociales de la impunidad*. Buenos Aires: Mimeo.
- BETTELHEIM, Bruno (1983). *Sobrevivir. El holocausto una generación después*. Barcelona: Crítica, Grijalbo.
- CALVEIRO, Pilar (1998). *Poder y desaparición: los campos de concentración en la Argentina*. Buenos Aires: Colihue.
- CARNOVALE, Vera, LORENZ, Federico y PITTALUGA, Roberto (2006). Memoria y política en la situación de entrevista. En torno a la constitución de un archivo oral sobre el Terrorismo de Estado en la Argentina. En Vera CARNOVALE, Federico LORENZ y Roberto PITTALUGA (eds.). *Historia, memoria y fuentes orales* (26-37). Buenos Aires: CeDInCI Editores.
- CRENZEL, Emilio (2008). *La historia política del Nunca Más. La memoria de las desapariciones en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- GONZÁLEZ TIZÓN, Rodrigo (2018). *Militancia humanitaria y testimonio: Los sobrevivientes de 'El Vesubio' y la denuncia de los crímenes de la última dictadura*

- (1978-2016). Tesis de Doctorado. Buenos Aires: Universidad Nacional de San Martín.
- JELIN, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- JELIN, Elizabeth (2006). La narrativa personal de lo invivible. En Vera CARNOVALE et al. (eds.). *Historia, memoria y fuentes orales* (63-79). Buenos Aires: CeDInCI.
- FIGARI LAYÚS, Rosario (2017). *The reparative effects of human rights trials: lessons from Argentina*. New York: Routledge.
- GATTI, Gabriel (2008). *El detenido-desaparecido. Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- KAËS, René (1991). Rupturas catastróficas y trabajo de la memoria. Notas para una investigación. En Janine PUGET y René KAËS (eds.). *Violencia de Estado y psicoanálisis* (159-187). Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- KAUFMAN, Susana (1998). *Sobre violencia social, trauma y memoria*. En *Seminario Memoria Colectiva y Represión*, Montevideo, 16-17 de noviembre.
- LACAPRA, Dominick (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- LAMPASONA, Julieta (2018). *Entre la desaparición y la (re-)aparición. Un análisis de las inscripciones biográficas de la experiencia de la (propia) desaparición en los sobrevivientes de los Centros Clandestinos de Detención en la Argentina*. Tesis de Doctorado. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- LAUB, Dori (1992). Bearing witness or the vicissitudes of listening. En Shoshana FELMAN y Dori LAUB (eds.). *Testimony: Crises of witnessing in literature, psychoanalysis, and history*. New York: Routledge.
- LEVI, Primo (2005). *Trilogía de Auschwitz*. Barcelona: El Aleph.
- LONGONI, Ana (2007). *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*. Buenos Aires: Editorial Norma.
- OBERTI, Alejandra (2009). Lo que queda de la violencia política. A propósito de archivos y testimonios. *Revista Temáticas*, Año 17, Número 33/34, 126-148.
- POLLAK, Michael (2006). *Memoria, Olvido, Silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen.
- POLLAK, Michael y HEINICH, Natalie (2006). El testimonio. En Michael POLLAK (ed.). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite* (53-112). La Plata: Al Margen.
- RAFECAS, Daniel (2011). La reapertura de los procesos judiciales por crímenes contra la humanidad en la Argentina. En Gabriele ANDREOZZI (coord.). *Juicios por crímenes de lesa humanidad en Argentina* (137-153). Buenos Aires: Atuel.
- RICOEUR, Paul (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ROUSSEAU, Fabiana (2009). Tomar la palabra: testimonios y testigos en el marco de los procesos contra el terrorismo de Estado en la Argentina. En

- Acompañamiento a Testigos y Querellantes en el Marco de los Juicios contra el Terrorismo de Estado. Estrategias de Intervención.* (Segunda Parte). Boletín Oficial de la República Argentina, Año CXVII, Número 31.712. Buenos Aires.
- SCOTT, Joan ([1993] 2001). Experiencia. *La Ventana*, N.º 13.
- SEMPRÚN, Jorge ([1995] 2004). *La escritura o la vida*. Buenos Aires: Tusquets Editores.
- TOLENTINO, Marcos (2016). «Porque sabemos la verdad, tenemos memoria, exigimos justicia»: la trayectoria de la Asociación de Ex Detenidos-Desaparecidos (1984-2014). En *IX Seminario Internacional Políticas de la Memoria*. Buenos Aires, 3-5 de noviembre.
- ULLOA, Fernando (1998). Pensar el dispositivo de la crueldad. «La encerrona trágica» en las situaciones de tortura y exclusión social. *Página 12*. Diciembre, 24. Recuperado de: <http://www.pagina12.com.ar/1998/98-12/98-12-24/psico01.htm>
- ULLOA, Fernando ([1999] 2005). Sociedad y crueldad. En *Seminario internacional La escuela media hoy. Desafíos, debates, perspectivas*. Huerta Grande, Córdoba, 5 al 8 de abril de 2005.
- YANZÓN, Rodolfo (2011). Los juicios desde el fin de la dictadura hasta hoy. En Gabriele ANDREOZZI (coord.). *Juicios por crímenes de lesa humanidad en Argentina* (137-153). Buenos Aires: Atuel.